

DE LA CALLE DEL MAR

Por RAMON NEYRA Y GOVANTES

Diríase que tal era su misión trascendente, su razón teleológica: asegurar la inmortalidad de todo cuanto nacía con la tara de una inmortalidad indecisa y que sin ser las personas, ni siquiera las cosas, era todo y era nada. Era, simplemente, la vida de la calle, lo anecdótico, lo pasajero, lo circulante... Por eso parecía absorta en un continuo esfuerzo de memoria, atenta a aquella responsabilidad íntima de fijar tantas vidas fugaces que, a veces, no eran más que un gesto perdido en la luz, un ocaso inefable, quizá una soledad imposible, y otras, algo tan sutil que los hombres mismos no acertaron a expresar y que la calle sintió aletear en su memoria cuando, para cualquiera, podría haber dejado de ser suspiro, lágrima o tentación.

Así, arrebutada en vejezes y supervivencias, removía sus recuerdos esenciales, los relatos tornavidas que escuchara una y mil veces, quieta frente a su propia conciencia, como si fuera la nieta de sí misma. Era la hora en que las niñas del atrio dejaban de cantar, cuando la calle quedaba sola, con ese aire tiznado por el humo de todos los hogares—como si la noche la hicieran las madres—y por el viento iba y venía un silencio de plata tras los sueños de las niñas calladas...

Con tanto recordar, veces hubo que rebasaba los propios recuerdos y, como una calle borracha de remembranzas, se detenía embobada al umbral de un imposible cualquiera, abierto a una inmortalidad inútil porque sería el anhelo mismo fijo en aquella hora frustrada, eternamente amarga. Las flores sacrificadas al paso de aquel cortejo de la mañana, con heraldos y palafrenes, marchas y literas y el manto real tan largo que más parecía el manto nupcial de la calle, era una crónica apócrifa inventada por alguien para una calle que no existía... Quizá aprendiera la fábula al pasarle el viento en volandas alguna página suelta de los libros que se leyeron al sol en aquella plazuela consistorial con vocación de parque y de noviembre, o caída del balcón de Antonina, la pobre zamba que también leía versos y tocaba romanzas en un piano siempre afinado para los ecos del recuerdo, junto a los trinos y vuelos disecados del canario de entonces. Pero en aquel tiempo nadie viera otro cortejo que el que formaron por la tarde los cuatro hermanos de Antonina y, como cuatro muletas solemnes, se la llevaron calle abajo, hasta lo hondo de la tierra misma...

... ..
Tal vez fuera tan vieja la memoria suya que preciso se hiciera restañar en ella algún resquicio entreabierto a la noche de los tiempos—rayando ya con el limbo del olvido—, donde empieza esa memoria metafísica dócil a la trans migración de unos recuerdos sin tangencia posible con la circunstancia que se hizo calcomanía íntima... ¡Ay, de tantas imágenes entrevistas, importadas por navegantes de Oriente y de Occidente que pasaron por la calle como por la boca triste de la novia del puerto, mera escala en el mundo, toda ella pasiva y sin evasión posible, como no fuera la esperada y definitiva evasión de sí misma para ser memoria eterna, luminaria fija en el firmamento, porque en su memoria seguiría luciendo, como lámpara votiva, el farolito achacoso de la esquina, la arista avanzada que daba proa al norte de los días con la vida a remolque de sí misma!... Días de valoración difícil, sin carácter ni pasatiempo, consagración de lo cotidiano en el puro hábito que va superándose al impulso de una velocidad adquirida no se sabe cuándo, ni cómo, ni por qué...

... ..
Se ha repetido la estampa de tu farolito algo caído y mortecino, luciendo sobre losas lustradas que se irán gastando sin remedio... Sí, te he visto una y otra vez, vieja calle del Mar, como una memoria olvidada en los Salones de Otoño, sin saber dónde podré encontrarte. Como la joven desconocida que, en el lienzo vecino, cruza un arrepentimiento de brazos al pudor tardío de su total revelación...

